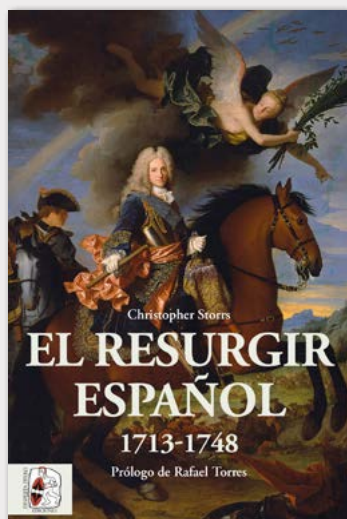


Felipe V y el nacimiento de la España moderna

La muerte sin descendencia de Carlos II y la traumática Guerra de Sucesión española propiciaron una profunda transformación en el devenir histórico de España. Frente a la arraigada idea de endémica decadencia, la llegada al trono de los Borbones y, en especial, la enérgica figura de Felipe V, insuflaron nueva savia a una resiliente España que, política, económica y sobre todo militarmente, en las décadas siguientes reivindicaría su lugar entre las grandes potencias europeas.



El resurgir español 1713-1748
978-84-123817-1-9
352 páginas + 16 en color
IBIC: HB-HBW-1D-3JF-HBLL
15,5 x 23,5 cm - lomo 2 cm - 600 g
Rústica con solapas
P.V.P. 24,95 €

La historiografía no ha sido clemente con Felipe V, el primer Borbón en reinar en España, de 1700 a 1746. Motejado de incapaz, indolente y de estar dominado por su segunda esposa, Isabel de Farnesio, lo cierto es que bajo su cetro la Monarquía Hispánica volvió a ser una potencia dinámica y expansionista, en particular en el teatro mediterráneo, con campañas en Italia y en el norte de África. *El resurgir español 1713-1748* incide en el profundo cambio que la instauración de los Borbones supuso respecto a las actitudes y prácticas de los Habsburgo, subrayando el papel que este monarca tuvo en el reverdecer del poderío español a partir de 1713, tanto en la reconstrucción del Ejército y de la Armada como, en el plano diplomático, en su capacidad de tejer una nueva red de alianzas. Además, cuestiona el paradigma tradicional acerca de la orientación atlántica de la Monarquía en la primera mitad del siglo XVIII, haciendo énfasis en el control hispánico sobre el Mediterráneo occidental, teatro de operaciones donde se desarrollaron las campañas españolas durante la Guerra de la Cuádruple Alianza (1717-1720) y las guerras de sucesión polaca (1733-1738) y austriaca (1740-1748), y las posturas tanto en España como en Italia ante el intento de Felipe V, insatisfecho con las cláusulas del Tratado de Utrecht, de reconstruir el Imperio español, y en este sentido nos hace repensar la narrativa habitual acerca de la historia de Europa. Christopher Storrs bebe de un amplísimo caudal de fuentes primarias para documentar las innovaciones políticas, financieras y militares que pusieron los cimientos del moderno Estado español y se coadyuvaron así hacia el surgimiento de una identidad nacional, haciendo especial énfasis en la contribución personal del propio Felipe V en la consecución de este resurgir español.



Christopher Storrs, historiador hispanista británico y profesor de la Universidad de Dundee, es autor de varios libros acerca de la historia de Europa, entre ellos *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700 (Actas)* y *El resurgir español 1713-1748*. Sus áreas de investigación se centran, principalmente, en el mundo moderno temprano y en España y su imperio. También ha estudiado el caso de Italia, en particular los territorios gobernados por la casa de Saboya. Asimismo, la formación del Estado (e imperio), las relaciones internacionales (ejércitos, diplomacia, guerra y paz) y el llamado «Estado fiscal-militar» figuran entre sus investigaciones.

En librerías el miércoles 30 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO DEL LIBRO

«Storrs nos presenta un profundo replanteamiento de la proyección de España, alejada del relato atlántico tradicional y enraizada en sus intereses mediterráneos. Al poner su atención en el Estado español nos invita a repensar la narrativa convencional del conjunto de la historia europea».

Jeremy Black, University of Exeter

«Una de los interrogantes más difíciles de responder en la historia de España durante la Edad Moderna es cómo es posible que se haya caracterizado la monarquía española de los siglos XVII y XVIII como un poder político en constante decadencia que fue perdiendo y desgastando su condición imperial hasta convertirse en un Estado nacional fallido, con la realidad histórica de que el máximo de extensión territorial del Imperio español se alcanzó en el último tercio del siglo XVIII. Algunas posibles respuestas las encontramos en el magnífico libro de Christopher Storrs, probablemente uno de los más frescos y provocativos para comprender la renovada construcción del Imperio español del siglo XVIII. Este historiador escocés, buen conocedor de los archivos españoles, italianos, franceses e ingleses, revisa en profundidad la tesis de la decadencia española del periodo. Su tesis es que España mostró durante los reinados de Carlos II y Felipe V una firme voluntad de volver a ser un poder imperial, y para las décadas de 1730 y 1740 lo había conseguido plenamente. Con un estilo elegante y con fuentes precisas, Storrs nos ofrece una revisión crítica de esa supuesta decadencia y nos propone algunas ideas de fuerza para reconsiderar los argumentos tradicionales, ideas con las que podemos avanzar en nuevos debates historiográficos. Uno de los ejes fundamentales es la idea de la “resiliencia” del poder político y económico de la monarquía en el tránsito al siglo XVIII. Frente a una separación entre los reinados de Carlos II y Felipe V, el autor nos insiste en la continuidad de los esfuerzos para reanudar el crecimiento. Este marco de reflexión es importante porque una de las ideas más repetidas es la naturaleza diferente de ambas monarquías. Si de lo que se trata es de conocer la realidad de esa supuesta crisis, es imprescindible valorar la capacidad efectiva para movilizar recursos humanos, militares o económicos. Storrs explica de forma convincente que esa movilización, principal ocupación y preocupación de cualquier Estado, se logró de forma cada vez más eficiente porque se fue experimentando con nuevas medidas, procedimientos e instituciones. Otro argumento principal es que el motor de ese proceso de mejora continua fue la guerra, y en concreto la voluntad política de, primero, no abandonar el escenario de influencia internacional y, después, volver a convertirse en un auténtico poder imperial. El autor analiza con detalle cómo esta perseverancia política se materializó en un despliegue de influencia y poder en el Mediterráneo, tanto en Italia como en el norte

«Estamos ante un estudio de gran importancia, cimentado en una vasta y exhaustiva labor de investigación, con formidables implicaciones sobre cómo entendemos las primeras décadas de gobierno de los Borbones en España».

Hamish Scott, University of Glasgow

de África. Para explicar esa tenacidad, Storrs se aleja de argumentos manidos, como el de la influencia de Isabel de Farnesio, y se centra más en los intereses compartidos de élites españolas e italianas, así como de aspiraciones ideológicas claramente imperialistas. Analiza cómo la monarquía fue renovando sus “nervios de la guerra” sobre los que se apoya la acción política, como fueron la construcción de la Armada, un poderoso ejército y unas finanzas capaces de sostener la acción militar. Todo ello acorde a una política diplomática más eficaz, en la que se lograron enormes beneficios explotando las debilidades de los enemigos. Este doble mecanismo de revisión interior y expansión exterior funcionó porque hubo otro elemento realmente novedoso, como fue la participación de la sociedad española. Quizás es uno de los factores que ha sido más desatendido en las grandes historias estatales, pero en los procesos históricos podía llegar a ser uno de los factores más decisivos y diferenciadores entre naciones. Para Storrs, si la Hacienda española ofreció más ingresos, si se dispuso de más marineros, barcos o militares fue, principalmente, porque la sociedad participó y colaboró de forma más intensa con el Estado. Para explicar esto, el autor nos adentra en dos problemas que se relacionan. Por un lado, la mejora en la autoridad estatal, que tras la Guerra de Sucesión salió reforzada: con dicha mejoría se lograban marcos de acción política más estables y previsibles. Por otro lado, los individuos y otros poderes públicos encontraban más incentivos en desarrollar sus actividades bajo la seguridad y el amparo del poder estatal. Esto queda claramente reflejado en el gasto público, principal medio de devolver a la sociedad los recursos movilizados. Storrs demuestra que el gasto público, esencialmente militar, pasó a estar en manos de individuos y colectivos españoles. Por primera vez en la Edad Moderna los extranjeros fueron prácticamente barridos de ese beneficio. En definitiva, según él, no se trata solo de que un Estado movilizase más recursos porque aspirase a volver a ser una potencia imperial, sino que ese mayor gasto y movilización se hizo con la mayor y más intensa participación y beneficio de la sociedad española. El libro, por lo tanto, ofrece una interesante, novedosa e inspiradora revisión de la decadencia española, y una inteligente y bien documentada respuesta al interrogante de las razones del triunfo español en el siglo XVIII».

Rafael Torres Sánchez, Universidad de Navarra

EL RESURGIR ESPAÑOL EXPLICADO POR CHRISTOPHER STORRS

En pocas palabras

La historiografía ha prestado una enorme atención, especialmente en la última década, a la Guerra de Sucesión española y a cómo tras ella Felipe V, el primer monarca de la nueva dinastía borbónica, perdió Flandes e Italia (Milán, Nápoles, Cerdeña y Sicilia) pero mantuvo la integridad de la propia España –transformando el encaje de la Corona de Aragón en su nueva forma de gobierno– y de la América española. Por el contrario, resulta sorprendente el escaso interés que ha generado el papel de España en Europa entre 1713 y 1748, especialmente por el hecho de que durante estas décadas se convirtió, junto con Rusia en el este, en el mayor desestabilizador de la paz en el continente.

Este libro pretende mostrar cómo y por qué España desempeñó este papel crucial en las relaciones internacionales del periodo, en parte debido a la debilidad

de otros Estados, especialmente Gran Bretaña, Francia y Austria –todos afectados por crisis dinásticas en un momento u otro– pero en buena medida producto de una política intervencionista más agresiva protagonizada por una Corte española mejor dotada de recursos y dirigida con mayor firmeza que antes. Pero el libro también identifica las continuidades que sobrevivieron al cambio dinástico de 1700 y que la España de los últimos Habsburgo, supuestamente en decadencia, pudo haber contribuido al éxito de Felipe V mucho más de lo que se le ha reconocido hasta ahora. Sin embargo, la percepción de que durante su reinado Felipe V desvió demasiados recursos españoles en la persecución de sus objetivos italianos en detrimento del Atlántico español condicionó el cambio de rumbo de sus sucesores, cuando América volvió a ser una prioridad a expensas de Italia.

Sumario

La **introducción** del libro establece el contexto general, proporcionando al lector un esquema de los acontecimientos clave que jalonaron el periodo. Comienza con un primer ciclo de guerra entre 1717-1720: la invasión y conquista de Cerdeña en 1717, la invasión de Sicilia en 1718, que desencadenó la casi desconocida Guerra de la Cuádruple Alianza durante la cual España incluso llegó a intentar una invasión de Escocia en 1719, y concluye con la expedición de socorro de Ceuta a finales de 1720. La década de 1720, durante la cual las maniobras diplomáticas de la Corte española coparon la atención de los legisladores de toda Europa, asistió a la reanudación de la guerra con Inglaterra por Gibraltar; mientras, la década de 1730 fue testigo de una expedición conjunta anglo-española a Italia para instalar al infante don Carlos en Parma y Toscana, una considerable operación en el norte de África para recuperar Orán y una intervención en la llamada Guerra de Sucesión polaca durante la cual las tropas españolas conquistaron Nápoles y Sicilia, que Felipe V entregó al hijo mayor de su segundo matrimonio, el futuro Carlos III. Desde 1739, estallaron nuevas hostilidades con Gran Bretaña en la llamada Guerra del Asiento (o de la Oreja de Jenkins), un conflicto que desde finales de 1740 confluyó con la Guerra de Sucesión austriaca, durante la cual tropas españolas y francesas ocuparon brevemente Milán. Parecía como si las fuerzas de Felipe V estuvieran tratando de reconstruir la antigua Italia de los Habsburgo españoles. Aunque demostró no ser el caso, al final de la guerra otro infante español, hijo de Felipe e Isabel de Farnesio, gobernaba en Parma, de manera que para 1748 España se había restablecido como una potencia





Oficiales y suboficiales de las reales guardias valonas en el *Estado militar de España, 1737*, conservado en el Instituto de Historia y Cultura Militar del Ministerio de Defensa, Madrid. Los efectivos de esta unidad de élite de la Guardia Real, cuyos orígenes se remontaban a 1703, eran reclutados en los Países Bajos y en regiones del norte de Francia que antaño habían pertenecido a la corona española por medio de asentistas extranjeros. El cuerpo propició el ascenso al generalato de militares destacados de origen flamenco como el marqués de Ledesma, el conde de Gages y el conde de Glimes.

de primer orden en Italia –y, en sentido más amplio, en Europa–, una posición de la que no gozaba desde el final de la Guerra de Sucesión.

En segundo lugar, tras establecer el contexto del resurgir español, la introducción aborda la historiografía sobre el periodo, evaluando de forma crítica algunas de las interpretaciones sobre Felipe V y el carácter de su reinado, con particular énfasis en torno a la pertinencia de las ideas de ruptura radical con el pasado, modernización y afrancesamiento.

El **capítulo 1** trata sobre el Ejército de Felipe V. Antes de 1700, los ejércitos españoles estaban desplegados fuera de la Península (Flandes, Lombardía). El reinado del primer Borbón fue testigo de la reubicación de estos contingentes y de su reforma. El tamaño del ejército se incrementó y este se transformó para adaptarse, en buena medida, a las estructuras francesas. Pero el ejército regular de Felipe V nunca fue exclusivamente español, dado que mantuvo la costumbre de reclutar unidades extranjeras, incluyendo suizas e incluso flamencas, que se consideraban entre la élite. Según avanzó el reinado, la carga del servicio militar se extendió a la población masculina adulta de toda España –reforma de la década de 1730 de la milicia– para liberar a las tropas regulares para el servicio en el extranjero. El capítulo también discute –y desestima– la hipótesis de que el reinado trajo consigo la militarización de la sociedad española.

El **capítulo 2** se centra en la Armada de Felipe V, cuya existencia resultó esencial para muchas de las expediciones del reinado, desempeñando funciones cruciales de convoy y escolta además de combatiendo. La Armada, incluso más que el Ejército, fue un éxito asombroso de los

Borbones en el siglo XVIII, a pesar de que España sufriera serios descalabros en el mar durante la Guerra de la Cuádruple Alianza y la Guerra de Sucesión austriaca. Las transformaciones fundamentales tuvieron que ver con las dimensiones de la flota, con una construcción naval que no iba a la zaga de sus competidores, con el desarrollo de una organización adecuada articulada a través de los tres departamentos navales de El Ferrol, Cádiz y Cartagena, la elaboración de otros servicios de apoyo, el establecimiento de una academia de instrucción naval en Cádiz y los primeros compases de lo que se convertiría en un plan de alistamiento para proporcionar tripulaciones a la Real Armada. Aunque el capítulo orbita en torno a la Real Armada, también se presta atención a una forma alternativa de conducir la guerra: la privatización y el empleo de corsarios. Otros cambios notables incluyen el canto del cisne de la flota de galeras que había sido parte integral de la fortaleza hispánica en el mar bajo los Habsburgo.

El **capítulo 3** aborda cómo Felipe V fue capaz de sufragar las guerras en las que se vio inmersa España durante su reinado. La guerra era un asunto oneroso en el siglo XVIII, como lo es hoy día. Felipe V y sus ministros gozaron de gran éxito recaudando dinero, en parte por el incremento de los ingresos estructurales a largo plazo, en parte intercambiando la administración privatizada o pública (estatal) de los ingresos individuales, aunque la tendencia fue favorable a la segunda por reminiscencias de épocas anteriores. Las Indias continuaron sosteniendo las finanzas reales, aunque España continuó siendo, igual que antes de 1700, la principal fuente de fondos. La España de Felipe V se ve como ejemplo de lo que

los historiadores denominan “Estado fiscal-militar”, en el cual el Estado paga por las guerras que exceden los ingresos regulares mediante el desarrollo de nuevas fuentes de financiación a largo plazo basadas en el crédito. Pero lo que se omite con frecuencia es hasta qué punto los súbditos de Felipe V, incluso los más humildes, estaban obligados a echar mano de sus propias redes de crédito particulares para apuntalar la del rey, que murió dejando a deber sustanciales sumas a muchos de sus súbditos en forma de salarios y pensiones sin pagar. Estas medidas pudieron haber contribuido a la creciente hostilidad frente al revanchismo italiano de Felipe V en el momento de su muerte.

El **capítulo 4** investiga la contribución por parte de la Administración al resurgir, gobierno y políticas de España. Está ampliamente aceptado que el reinado de Felipe V vivió la transformación de la herencia Habsburgo con la instauración de un gobierno moderno de corte ministerial a expensas del sistema de consejos. Aunque hubo algo de esto, varios consejos sobrevivieron, y aunque operaran de forma bastante diferente, hubo más continuidad de la que se ha reconocido. Destaca entre los organismos supervivientes el crucial Consejo de Castilla, que actuaba como vínculo entre el monarca y sus súbditos y como entidad de representación estamental una vez que las Cortes cayeron en desuso. Mientras que el rey era en apariencia “absoluto”, no podía bajo ningún concepto ignorar las preocupaciones de sus súbditos. De hecho, al tiempo que las exigencias del monarca crecían durante la Guerra de Sucesión austriaca, también lo hacía el disentimiento doméstico –de mayor alcance que el bien estudiado “Partido Español”–, que ayuda a entender la determinación del primogénito de Felipe V, Fernando VI, de poner fin a las hostilidades tras su ascenso al trono en 1746. El capítulo explora varios aspectos de estos temas relacionados con la vida política, destacando que el papel de Felipe V como legislador se ha visto tradicionalmente soslayado por una historiografía más preocupada por el rol de Isabel de Farnesio, y rastreando lo que podemos entender en términos actuales como una opinión pública en desarrollo.

El **capítulo 5**, dedicado a la España foral, aborda el conflictivo asunto de las relaciones entre los territorios de la Corona de Aragón y el régimen de Felipe V bajo los edictos de Nueva Planta. A pesar de que una importante porción del nuevo ejército fue acantonado en los

territorios de la Corona de Aragón, el nuevo régimen y sus instituciones –Armada y Ejército–, así como sus expediciones militares, ofrecieron oportunidades para al menos parte de los habitantes de los antiguos territorios forales para integrarse en la nueva estructura del Estado. El capítulo también proporciona un contexto más amplio de las relaciones Castilla-Aragón y enfatiza el papel de los territorios vascos y Navarra para dejar claro que este continuaba siendo un “Estado compuesto foral”.

El **capítulo 6**, Italia e identidad, se suma a la discusión iniciada en capítulos anteriores. Las ambiciones italianas de Felipe V se han venido desdeñando como una obsesión estrecha de miras y egoísta con unos territorios en los que sus súbditos españoles no estaban interesados. Sin embargo, el hecho es que había muchos en la Monarquía que, tras siglos de presencia española en Italia, habían establecido vínculos de todo tipo entre ambos territorios. Al mismo tiempo, cuando la Italia hispánica se derrumbó durante la Guerra de Sucesión española, miles de refugiados abandonaron Milán, Nápoles, Cerdeña y Sicilia para marchar al exilio a España. Albergando la esperanza del regreso, formaron un lobby en España que respaldó la política revanchista de Felipe V. La existencia de este grupo sugiere la persistencia de una “identidad hispánica” supranacional compartida en el Mediterráneo que debe ser reconocida como una identidad distintiva y alternativa que colocar junto a cualquier idea de “españolidad” limitada a la península ibérica tras 1713. Esta noción alternativa de identidad justifica asimismo que pensemos en Felipe V como la encarnación de lo que podríamos llamar un *Risorgimento* español, un multifacético resurgir militar, político, cultural y ético en pos de reconstituir una estructura aún más fundamental, una comunidad que abrazara ambas penínsulas en estas décadas.

El **capítulo 7**, la conclusión, reúne los diferentes hilos argumentales abiertos en los capítulos anteriores.

La batalla de Bitonto (ca. 1750), óleo sobre lienzo de Giovanni Luigi Rocco, colección privada. En Bitonto, el ejército español, al mando del conde de Montemar, elevado luego a duque, obtuvo una victoria decisiva sobre el austriaco. Bitonto fue una batalla pequeña tanto por la cantidad de tropas involucradas como por las pérdidas, pero tuvo consecuencias muy significativas. Tras ese choque, todo el sur de Italia, incluida Sicilia, fue en efecto abandonado a las armas españolas, lo que dio vida al reino de las Dos Sicilias, destinado a permanecer independiente hasta 1861.



DOSIER DE PRENSA



CONVERSACIÓN CON CHRISTOPHER STORRS

¿Qué le inspiró a escribir este libro?

Hace muchos años, Henry Kamen describió el periodo 1665-1746 como la “edad oscura” en la historiografía española. Encontré en ello un desafío, y me propuse contribuir para llenar ese vacío. Tras publicar un libro sobre el reinado de Carlos II (1665-1700), quería completar la tarea con un estudio sobre el reinado de Felipe V (1700-1746). Además, lo que descubrí sobre la España de finales del siglo XVII parecía sugerir que este pasado inmediato contribuyó más al resurgir de España como potencia Europea en la primera mitad del siglo XVIII de lo que tradicionalmente se ha reconocido.

¿Qué personalidades merecen ser destacadas? ¿Cuáles se han pasado por alto?

Los personajes clave del periodo son sin duda Felipe V y su segunda esposa, Isabel de Farnesio. Ninguno de los dos ha sido ignorado, pero su relación no ha sido entendida tan bien como debería. Con frecuencia se repite que Felipe estaba dominado por Isabel, cuyo deseo por encontrar tronos italianos para sus hijos –que no contaban con heredar la corona española, aunque a la postre sí lo hiciera su primogénito, Carlos III– fue lo que dictó la política exterior española. Aunque hay algo de verdad en esta visión tan arraigada, lo cierto es que Felipe V tenía su propia agenda y pretendía restaurar el imperio español en Italia que había perdido durante la Guerra de Sucesión española. Felipe, que también estaba interesado en las posesiones españolas en el norte de África –Ceuta, asediada desde 1694, y Orán, perdida en 1708–, era en cierto modo lo que podríamos llamar un rey cruzado, característica que no compartía con Isabel. De otros personajes destacados del reinado, como los principales ministros de Felipe e Isabel –el cardenal Alberoni, José Patiño, José Campillo, el marqués de la Ensenada...–, ni mucho menos se puede decir que sean desconocidos, pero siempre tenemos la sensación de que estas grandes figuras se ven eclipsadas por sus homólogos de épocas anteriores, como el conde-duque de Olivares.

¿Qué aspectos del periodo podemos considerar sorprendentes?

Algo que me provocó extrañeza fue el total desinterés por recuperar Flandes, un territorio tan crucial en época de los Habsburgo y que había absorbido tanto dinero y

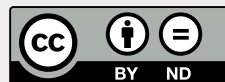
recibido a tantos soldados españoles. Ocasionalmente, Felipe e Isabel ciertamente mostraron algún interés por obtener la totalidad o parte de Flandes, pero para ellos nunca tuvo la importancia de Italia o incluso de África.

¿De qué forma le gustaría que su libro cambiara la percepción de los lectores sobre esta época?

Bien, por un lado, desearía rescatar a Felipe V, a sus ambiciones y preocupaciones, de un cierto desdén y olvido. Más allá de eso, espero contribuir a un mejor entendimiento del amplio periodo 1665-1746. Una nueva revaluación de estas décadas que aporte una mejor comprensión y la identificación de elementos continuistas entre el reinado del último Habsburgo y del primer Borbón. Por último, me gustaría estimular a los lectores a que aprecien en su plenitud la importancia capital del Mediterráneo. En las últimas décadas, el interés por lo global se ha interpretado en muchos casos por situar cualquier tema en discusión en el contexto transatlántico o asiático, generalmente a expensas de ambas orillas del Mediterráneo. Espero que quien lea mi libro entienda la necesidad de reequilibrar esta óptica.

¿Qué podemos aprender de todo esto en la actualidad?

En estos dos años España, como muchos otros países, ha tenido que enfrentarse a un desafío formidable, la pandemia de la covid-19, y aunque estamos en proceso de recuperación, este conlleva asimismo sus propios desafíos. En mi libro argumento que los éxitos del reinado de Felipe V se debieron en parte a la herencia recibida del siglo XVII, a una resiliencia fundamental que ya era evidente durante el reinado de Carlos II, pero también que la España de Felipe V se benefició de unas fortalezas básicas, esenciales, que cimentaron una asombrosa recuperación, un resurgir, fundamentado tanto de los recursos inherentes de la sociedad en su conjunto como de la calidad del liderazgo que nutrió y movilizó dichos recursos. Esta es la mejor lección para todos nosotros en la actualidad.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.



ÍNDICE

Agradecimientos
Nota acerca de la moneda
Mapas
Prólogo
Introducción

- 1 EL EJÉRCITO**
- 2 LA ARMADA**
- 3 LAS FINANZAS**
- 4 GOBIERNO Y POLÍTICA**
- 5 LA ESPAÑA FORAL**
- 6 ITALIA E IDENTIDAD**
- 7 EL RESURGIR ESPAÑOL, 1713-1748**

Nota sobre las fuentes
Bibliografía
Índice analítico

DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 1 EL EJÉRCITO

EL RECLUTAMIENTO DE TROPAS ESPAÑOLAS

La mayoría de los historiadores de las fuerzas armadas españolas del XVIII se han centrado en el reclutamiento involuntario y en la imposición del servicio obligatorio por parte del estado borbónico. Existen, para ello, buenas razones (*vid. infra*). Sin embargo, este énfasis ignora que el monarca y sus ministros preferían el alistamiento voluntario, el cual mantuvo su importancia, pues numerosos hombres seguían presentándose por iniciativa propia a los capitanes o sargentos reclutadores. Esto es demostrable tanto mediante la legislación real como por los certificados de licenciamiento que se proporcionaban a los que dejaban el ejército. En junio de 1745 un tal Antonio de Plata, soldado del regimiento de infantería de Lisboa, fue licenciado. Tres años más tarde, en 1748, fue reclutado a la fuerza, pero su mujer presentó su certificado para eximirle: según este documento, Antonio se había alistado voluntario en 1736. Hacia las postrimerías de la Guerra de Sucesión austriaca los voluntarios seguían conformando el mayor contingente de reclutas del Ejército español, momento en el que todavía se esperaba que los capitanes de reclutamiento hallasen hombres de esa condición.²⁵

No es fácil explicar por qué se alistaban unos hombres de una sociedad que no tenía gran estima por los soldados de leva, en particular porque apenas nos han llegado pruebas de sus motivos. No obstante, no cabe duda de que muchas de las razones de los periodos anteriores continuaban vigentes a comienzos del XVIII: camaradería, el deseo de escapar de la familia, la aldea o el pueblo y de compromisos indeseados y, en particular, la esperanza de escapar de la pobreza gracias a la prima de enganche y la soldada: en 1731, en Murcia se ofrecía a los reclutas ocho e incluso dieciséis pesos por alistarse. Los voluntarios se alistaban atraídos por la prima de enganche, abonada en una época en la que los sueldos descendían en términos reales, y también por la garantía de obtener sustento en unas épocas difíciles, como las décadas de los años treinta y los primeros cuarenta, en los que las cosechas fueron malas y la tasa de mortalidad elevada. Algunos otros podían sentirse atraídos por el *fuero militar*, la jurisdicción o el privilegio castrense, cuya pro-

liferación provocó choques ocasionales entre las autoridades civiles y militares. Tales conflictos hicieron necesario que la Corona limitase el fuero castrense, en particular cuando se abusaba de este, como ya había ocurrido bajo los Austrias, para encubrir fraudes. Lo cierto es que, fuera cual fuera la motivación, siempre hubo voluntarios disponibles.²⁶

Existía una variante del sistema de reclutamiento voluntario que recién hemos descrito. Este consistía en que el rey, que asumía todos los costes de la leva, aceptaba una oferta para reclutar una compañía o incluso un regimiento perteneciente a un individuo. El reclutador correría con los gastos hasta que los hombres entrasen al servicio del rey. A cambio, obtenía diversos privilegios, entre ellos el derecho a nombrar oficiales, una prerrogativa regia. Esta privatización o devolución del reclutamiento por medio de un *asiento* con un contratista no era algo del todo nuevo, pues ya se había practicado en época de los Habsburgo y, en algunos aspectos, no era más que una variante de la iniciativa empresarial de épocas anteriores. También era una manifestación de la venalidad generalizada de la España de Felipe V. Para el solicitante, o *asentista*, el acuerdo solía permitirle comprar un ascenso en el ejército, un cargo fijo o ambas cosas, además de perspectivas de progreso social. Un caso típico es el de Felipe Serrano y Contreras, un teniente coronel de caballería «reformado» quien en 1719 ofreció reclutar una compañía de cien infantes. Para financiar la operación solicitó permiso para hipotecar su herencia con préstamos por valor de 4000 ducados. Felipe V refirió su solicitud al Consejo de Castilla y a su adjunta, la Cámara de Castilla, que controlaba y protegía las herencias. La Cámara transmitió su preocupación y solicitó consultar al heredero, cuyos intereses se verían afectados por el préstamo. Felipe reconoció su preocupación, pero insistió en que se concediera la petición de forma inmediata, dada su necesidad urgente de soldados. En este sentido, la demanda de tropas suponía a veces la imposición, aunque fuera de forma breve y episódica, de una mayor autoridad regia, esto es, absolutismo, por encima de las prácticas y cortapisas tradicionales.²⁷

CAPÍTULO 2

LA ARMADA

MISIONES ESTRATÉGICAS Y EFECTIVOS

Los historiadores han exagerado el colapso del poder naval español durante las últimas décadas de los Austrias. Es cierto que, en lo que respecta al número y potencia de sus buques de combate, España era más débil en el mar en el momento del ascenso al trono de Felipe V que en el momento del fallecimiento de Felipe IV en 1665, y su potencial marítimo decayó aún más durante la Guerra de Sucesión española, durante la cual Felipe no pudo reemplazar las naves perdidas, se vio privado de las galeras de los antiguos territorios italianos de España y dependía, en gran medida, de la flota de su abuelo Luis XIV. Sin embargo, tras ese conflicto, el potencial marítimo de España resurgió de forma considerable, aunque errática. Contar naves puede ser tan problemático como contar soldados (*vid.* Capítulo 1) debido a que las listas no siempre están completas, algunas tan solo enumeran los buques de combate principales, navíos y fragatas, y no siempre dejan claro si el barco estaba en condiciones de navegar, o si había intención de enviarlo al mar. Aun así, de menos de treinta buques –navíos y fragatas– en 1716, la cifra aumentó hasta los treinta y cinco en 1718, para luego desplomarse, a causa del desastre de Sicilia de 1718, hasta apenas veinte en 1722 (*vid.* Tabla 2). A partir de ese momento, el total ascendió a cuarenta y cinco buques de diversos tipos en 1728 y a cincuenta y cuatro en 1737;

la ordenanza naval de 1738 preveía una flota de sesenta naves. Después de ese año las cifras declinaron principalmente a causa de las pérdidas de la Guerra de Sucesión austriaca: la cifra de 1748 era inferior a la de 1716. Después de 1748 sería necesario un nuevo esfuerzo de reconstrucción. Esta estaba algo por debajo de la sugerencia de Uztáriz de una flota permanente de setenta buques, y no podía compararse con las flotas de Gran Bretaña o Francia. Aun así, la armada de Felipe duplicó sus cifras con creces entre 1720 y 1740 (mientras otras potencias navales se desarmaron una vez concluida la contienda sucesoria en 1713), y era, sin duda, más poderosa que las de la mayoría de otros estados. Dado que casi toda la flota había sido construida desde 1720 y más de la mitad de las naves desde 1730, era en algunos aspectos más moderna que la de sus rivales. También era suplementada por las galeras.¹³

Vista de la bahía de Nápoles (ca. 1730-1740), óleo sobre lienzo de Juan Ruiz (activo en 1732), Museo Soumaya, Ciudad de México. Esta *veduta* napolitana, que sigue la tradición de Gaspar van Wittell, muestra la ciudad de Nápoles desde el mar con una escuadra española fondeada enfrente. La pintura formó parte quizá de una serie que Juan Lorenzo de Coyra, garzón de Cámara del infante Carlos, a la sazón rey de Nápoles, regaló a Isabel de Farnesio.



CAPÍTULO 4

GOBIERNO Y POLÍTICA

POLÍTICA Y POLÍTICOS

Los observadores foráneos afirmaron de forma inequívoca que Isabel dominaba a Felipe V y la política de España, y que se alteraba mucho cuando frustraban sus objetivos. En la primavera de 1730 la Farnesio criticó con ferocidad al embajador francés por la incapacidad de la corte gala de imponer a Carlos VI el recién concluido Tratado de Sevilla (1729). En 1735, los franceses consideraban muy probable que Isabel reaccionaría con violencia contra la propuesta de paz en Italia, que limitaría las ganancias españolas en dicho país. Tanto los diplomáticos extranjeros como los súbditos españoles que aspiraban a ascender buscaban ganar su favor.⁷ En 1734-1735 se dedicaron a la Farnesio unos versos de celebración por la conquista de Nápoles. El memorándum decisivo de Campillo de enero de 1741 sobre finanzas y guerra, que le supuso el ascenso a un alto cargo, es evidente que había sido redactado a medida de las ambiciones italianas de la reina.⁸ La influencia de Isabel presta una cierta credibilidad a la supuesta feminización de la política española del reinado, debida al poder que ejercía esta sobre Felipe V, o la influencia de Bárbara de Braganza sobre su marido, Fernando VI, hijo y sucesor de Felipe, que también tenía un carácter melancólico y sumiso con su esposa. La política oficial, al igual que en tantos otros estados europeos, siguió siendo una esfera masculina, pero la corte era un espacio en el que la influencia femenina tenía más posibilidades de juego, en particular en monarcas con un fuerte vínculo con su esposa. Fue, por tanto, casi inevitable que la segunda esposa de Felipe ejerciera un marcado impacto sobre la política española de esas décadas, como también lo ejerció su nuera, aunque de forma menos destacada, durante el siguiente reinado.⁹

Sin embargo, aunque los puntos de vista de Isabel tenían gran peso, lo cierto es que mucho de lo que se ha escrito sobre la Farnesio y su relación con Fe-



Retrato de la reina Isabel de Farnesio (ca. 1739), óleo sobre lienzo de Louis-Michel van Loo (1707-1771), Museo Nacional del Prado, Madrid. Felipe V contrajo nupcias con Isabel de Farnesio en 1714. La opinión pública de su época, así como la historiografía tradicional, no han sido benévolas con ella, acusándola de instrumentalizar los recursos de la Corona para satisfacer sus ambiciones dinásticas. Una sátira anónima aparecida con motivo de la muerte del monarca reza: «Gran rey debería ser / de nuestra España en la historia / si borrarse la memoria / lo que sufrió a su mujer / más todo lo echó a perder / esta intrigante ambiciosa, / pues su astucia cavilosa / por el interés malvado / puso al reino en un estado / de indigencia lastimosa».



lipe era y sigue siendo simplista, en ocasiones rayano en la caricatura. Además, algunas de las críticas más acerbas contra la dependencia de Felipe de sus consortes fueron hechas por gente desafecta y, por tanto, no se pueden tomar al pie de la letra. En realidad, era Felipe quien decidía la política española, tal como los historiadores reconocen de forma cada vez más unánime. Sus ambiciones y sus aspiraciones italianas eran anteriores a su segundo matrimonio y al nacimiento de don Carlos en 1716: en 1713, Felipe continuaba utilizando los títulos de rey de las Dos Sicilias y Cerdeña y duque de Milán. La última voluntad de Carlos II confió a Felipe la Italia española, y este, al igual que su abuelo Luis XIV, era muy sensible al menoscabo de su reputación, o *gloire*, ocasionado por la pérdida de la Italia española. Es indudable que esta convicción fue reforzada por el sentimiento de mutua obligación entre Felipe y sus súbditos italianos, después de los juramentos pronunciados por ambas partes al inicio de su reinado. Felipe se creía con todo el derecho de reclamar estos territorios italianos (como también el trono de Francia) a pesar de las renunciaciones impuestas y los tratados de 1713, ratifi-

Retrato de José Patiño Rosales (1878), óleo sobre lienzo de Esteban Aparicio Álvarez (1826-1904). Museo Nacional del Prado, Madrid. Se trata de una copia de un original de Jean Ranc (1674-1735) que formaba parte de la colección de la condesa de los Villares. Patiño (1666-1736) fue intendente general de la Armada y secretario de Marina e Indias y de Guerra y Hacienda. Sus reformas resultaron clave en la reconstrucción de la Marina española, en el fortalecimiento de la economía española y en el restablecimiento de la hegemonía española en la Italia meridional.

cados a su pesar en 1720, momento en el que se unió a la Cuádruple Alianza. El foco inicial de los intereses españoles en Italia después de 1713 eran los territorios que habían formado la España italiana: Nápoles, Sicilia y Cerdeña, no los que reclamaba Isabel, esto es, Módena, Parma, Piacenza y Toscana. Además, las ambiciones italianas de la segunda esposa de Felipe no pueden explicar el interés de este por África, otra parte de su herencia que debía preservar, y que, en caso de perderla, como fue el caso de Orán, debía recuperar, concepto que encajaba con su piedad cristiana tradicional. La política española era pues la política de Felipe. Por último, sus inclinaciones belicosas eran el mejor medio de arrancarle de su melancolía y le revigorizaban, como lo fue en tiempos de la expedición de Orán de 1732 o durante la Guerra de Sucesión polaca.¹⁰

En realidad, el rey y la reina no siempre estaban de acuerdo en cómo lograr sus objetivos, Italia incluida. Isabel no compartía la profunda hostilidad personal de Felipe hacia su antiguo rival Carlos VI, y estaba más dispuesta que su marido a tratar con el emperador a fin de lograr sus objetivos. Así, por ejemplo, monarca y consorte diferían acerca de la alianza firmada en 1725 con la corte de Viena, con la que aspiraban a establecer a don Carlos en Italia. Felipe compartía con muchos de sus súbditos la hostilidad hacia este acuerdo (*vid. infra*), mientras que Isabel lo defendía. El rey volvió a plantearse abdicar; al año siguiente, ante el deterioro de las relaciones con la corte imperial (situación que ponía en peligro el resultado buscado con el tratado), el ministro británico en Madrid reportó las discusiones diarias de Felipe e Isabel, «quien llora mañana y noche». Felipe tenía sus propios puntos de vista y le afectaban las insinuaciones de que no era el señor de su casa y de que no tomaba las decisiones políticas (*vid. supra*). Pero, como mínimo, su esposa debía saber tratarlo. En general, esta demostró saber hacerlo, pero solo para ratificar, no para decidir o modificar, el énfasis del revanchismo español posterior a 1713, para hacer que este fuera más visible en el Mediterráneo que en el Atlántico.¹¹

CAPÍTULO 5

LA ESPAÑA FORAL

LA CORONA DE ARAGÓN

Esta presencia de fuerzas navales y terrestres –así como el fin de los regímenes forales– no fue una experiencia del todo negativa para los territorios de la corona de Aragón, pues redujo el bandolerismo, al menos en algunas zonas. Además, las expediciones a Italia podrían haber contribuido al crecimiento económico de Cataluña de comienzos del XVIII. El desarrollo de la economía catalana tras la imposición de la nueva planta es motivo de debate, aun cuando la mayoría de las investigaciones se centran en etapas posteriores del siglo XVIII. Se olvida el rol del estado en las primeras décadas, que Pierre Vilar tiende a infravalorar. Sin embargo, de igual modo que los financieros y contratistas catalanes se beneficiaron de las guerras contra Francia de Carlos II, también es posible que la concentración de gran número de efectivos en el principado, tanto en tiempo de guerra como de paz, así como las expediciones militares a África e Italia, estimularan la economía catalana en el reinado de Felipe V. La presencia de tan gran número de soldados también suponía el gasto de sumas considerables, como revelan los documentos elaborados en 1737 por la Junta de Medios. Si bien parte de estos gastos eran cubiertos por dinero obtenido del nuevo *catastro*, el estado real, o fiscal-militar, estaba redirigiendo a Cataluña recursos extraídos de Castilla y otros lugares. Cataluña absorbió poco más del 25 % de los más de 2 millones de reales mensuales que costaba el aprovisionamiento de las tropas.¹³

Barcelona comenzaba a emerger como centro industrial. No debe sorprendernos, por tanto, que los funcionarios acudieran con frecuencia a la ciudad catalana a abastecerse para una gran operación militar. Los preparativos de la expedición de Orán de 1732 requirieron remitir pedidos a Barcelona para la fabricación de centenares de tiendas y seis mil pares de zapatos.

Se produjeron en Barcelona y Madrid grandes cantidades de armas, sillas de montar y botas y, en Madrid, el comisario del rey contrató cuatrocientas mil raciones de armada, que más tarde se incrementarían hasta un millón. En el otoño de 1732, los contratistas catalanes cerraron un acuerdo para suministrar dos mil bestias de tiro para el tren de artillería y al año siguiente se contrató en Cataluña gran cantidad de mulas para la expedición a Italia. Se reportó una gran actividad en Barcelona, que incluía el fundido de cañones, la construcción de carros y la preparación de gran cantidad de prendas de vestir para las tropas.¹⁴

Los navieros catalanes, mallorquines y de otras regiones se beneficiaron de la necesidad de transporte marítimo para llevar hombres a Sicilia en 1718, o para acarrear hombres, municiones y suministros a Italia durante la Guerra de Sucesión austriaca. Aunque esta experiencia no siempre era positiva, pues numerosos buques, en la práctica, fueron incautados, también generaba empleo y beneficios. Asimismo, las operaciones mediterráneas ofrecieron a la marina catalana la oportunidad de practicar el corso, y las firmas locales se hicieron con lucrativos contratos de suministro a la armada.¹⁵

Es posible que estas oportunidades económicas, así como las asociadas a las aventuras africanas de Felipe, contribuyeran a una mayor integración de la comunidad mercantil catalana durante la década de 1730. Esta se resumiría en la experiencia de una de esas familias de mercaderes barceloneses, los Durán, campeones de «Carlos III» durante la contienda sucesoria, pero suministradores del ejército borbónico en Cataluña a partir de 1717. La recepción dada a don Carlos a su paso por el principado de camino hacia Italia, en 1731, sugeriría un mayor entusiasmo por la nueva dinastía.¹⁶

CAPÍTULO 7

EL RESURGIR ESPAÑOL, 1713-1748

Para muchos historiadores, el reinado de Felipe y sus éxitos se debieron a una etapa de afrancesamiento, que se anticipó en un siglo a la de la era napoleónica. Es cierto que Felipe era francés, trajo con él a muchos franceses y, durante largo tiempo, anheló el trono de Francia. Es más, su reforma de instituciones españolas como la armada y el ejército y la introducción de un gobierno secretarial o ministerial, no conciliar, parecía seguir el modelo galo. Había otros aspectos de su política que también parecían franceses y algunos elementos de su política económica parecen apuntar a un Colbertismo español. Sin embargo, es necesario ser cautos. Algunos de los cambios introducidos por Felipe se iniciaron durante el reinado precedente, el de Carlos II, o se limitaron a adaptar, revisar, o ambas cosas, antiguas instituciones españolas. Respecto a los factores que influyeron en el cambio, durante los años que siguieron a la conclusión de la Guerra de Sucesión española, un conflicto que llevó al límite las capacidades de la mayor parte de beligerantes, los aires de reforma estaban presentes en numerosos confines de Europa. Por lo tanto, había muchas más influencias y modelos más allá de la Francia borbónica. España experimentó cierto afrancesamiento durante el periodo, pero no debemos enfatizar que las ideas reformistas provinieran de una única fuente francesa.³

Entre los muchos cambios que el régimen de Felipe trajo a España algunos historiadores han identificado cierto grado de militarización. Al igual que con el afrancesamiento, existen ciertos indicadores de esto, sobre todo en los territorios aragoneses. Sin embargo, la militarización se limitó a la adjudicación de cargos civiles a soldados y exsoldados, y a un retroceso de la autoridad civil respecto de la castrense. Esto provocó cierta preocupación en la época. Sin embargo, en Castilla y en otras regiones españolas la militarización fue escasa y, a pesar de la imposición de más servicios militares a la población masculina, la sociedad española no quedó encorsetada en una estructura militar, o al menos no en la forma en que hoy reconoceríamos, ni tampoco los súbditos de Felipe parecen haber adquirido una mentalidad castrense específica. Aunque numerosos nobles se identificaban a sí mismos en función de su misión guerrera, el conjunto del pue-

blo español no se percibía a sí mismo según su misión militar.

No siempre está claro qué pensaban los súbditos españoles de Felipe V de las ambiciones y las campañas mediterráneas de su rey. Existió, en contra de lo que afirma la leyenda negra de su reinado, un consenso doméstico que apoyaba el revanchismo mediterráneo de Felipe, o al menos algunos de sus elementos. Los habitantes de las provincias costeras veían grandes ventajas en una política ofensiva en África. También había partidarios de los esfuerzos de Felipe de reconstruir la antigua Italia española, sin duda mucho más numerosos que el pequeño séquito que llegó de Parma con la Farnesio en 1714 y que la rodeó en la corte de Felipe. Existió un *lobby* en España, formado por italianos, españoles y otros, que desafiaba una categorización nacional basada en conceptos de nacionalidad más propios de los siglos XIX y XX. Muchos de estos individuos y sus familias habían escapado de la Italia española tras su hundimiento en la Guerra de Sucesión, exiliándose en España. Incluso sin tener un contacto directo con la Farnesio, estos exiliados se beneficiarían de la recuperación de la Italia española. En Italia también había individuos dispuestos a colaborar con los españoles, y que ayudaron a la reconquista, por ejemplo, de Nápoles y Sicilia en 1734-1735.

Los historiadores han aceptado al pie de la letra los acuerdos internacionales que separaban a España de su recién reformado imperio italiano, y también se han apresurado demasiado a ver un prototipo del estado español moderno en el reino del primer Borbón. En realidad, los estados borbónicos creados en Italia entre 1731 y 1748 eran provincias españolas en muchos aspectos. Felipe creó, en la práctica, lo que podríamos denominar una Monarquía neo-Hispánica que recordaba a la de sus predecesores Habsburgo, en la cual las identidades supranacionales basadas en la dinastía reinante continuaban vivas y constituían un fundamento poderoso de sus lealtades. En este sentido, aunque debemos reconocer cierto grado de hispanización durante el reinado de Felipe V, debemos tratar con cautela la idea de que dicho reinado testimonió el surgimiento de un nuevo espacio nacional.⁴



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

